

***Pedro Páramo* (1955), o la liberación de la tiranía cronológica**

Juan Pedro Martín Villarreal
(España)

Pedro Páramo puede ser considerada la obra cumbre de la literatura mexicana contemporánea por multitud de razones que apenas podemos aducir en esta somera aproximación al texto, pero sin lugar a dudas, una de sus principales características es el establecimiento de un nuevo paradigma narrativo en el que el tiempo es subjetivo y escapa al eje de la sucesividad. La ruptura del hilo temporal deja paso a un complejo nudo de tiempos que se mezclan caprichosamente, haciendo posible la creación de un todo, producto de la amalgama de varias historias sucedidas en tiempos muy diferentes, pero unidas de una u otra forma. Supone la obra de Juan Rulfo un verdadero reto técnico que desafía el mismo concepto de «tiempo» en su relación con la vida y la muerte, y que por las intrínsecas consecuencias que tiene sobre la narración, debe ser tenido en cuenta en la lectura de la que es hoy una de las obras clave del *Boom* hispanoamericano.

La liberación de la tiranía cronológica, característica que da nombre a este artículo y que ya estudia Emir Rodríguez Monegal (1992), consiste en la creación de una retórica de la narración que permita un tiempo fluido, de curso variable y caprichoso, fluctuante, en un continuo vaivén en el que ninguna voz asume autoridad sobre el resto, produciéndose un ambiguo murmullo que sobrecoge al lector. Es preciso señalar que el cambio de paradigma en el que el tiempo se libera de las encorsetadas leyes de la realidad no se produce con *Pedro Páramo*, sino que la aparición del tiempo subjetivo como elemento configurador del relato ya se inicia en el modernismo anglosajón con autores como Henry James, Joseph Conrad, James Joyce, Virginia Woolf o William Faulkner, gran influencia de Juan Rulfo en la elaboración de la novela. Sin embargo, el autor va mucho más allá, pues no se conforma con establecer un tiempo subjetivo que sobrepase al cronológico, sino que nos embarca en un no-tiempo, en un mundo gobernado por los muertos en el que la temporalidad es una entidad no aplicable. Se puede afirmar que «no hay tiempo posible en el mundo de los muertos» (Rodríguez Monegal, 1992, p.179), y este hecho se puede comprender como una epifanía que cambia por completo el horizonte de expectativas con el que el lector se acerca al texto, así como la estructura que durante la primera mitad de la novela el autor ha delineado.

Inicialmente, parece que la compleja estructura narrativa que Juan Rulfo construye consiste en un doble hilo narrativo articulado por medio de la técnica del contrapunto, en el que un hilo corresponde a la narración en

primera persona de lo acaecido a Juan Preciado en su llegada a Comala, y otro al relato en tercera persona de la vida de Pedro Páramo a través de escenas desordenadas. Además, se observa cómo en ambos hilos se añaden monólogos interiores y diálogos de otros personajes que viven en Comala y que se identifican como parte de los dos hilos narrativos principales (Leal, 1964, p. 292). Sin embargo, el descubrimiento de que Juan Preciado está muerto y enterrado, y que todo lo anteriormente narrado solo es parte de un diálogo con Dorotea, también enterrada a su lado, supone la reinterpretación de todo el edificio narrativo hasta entonces construido. Se convierte la novela un resonar de diversos murmullos de ultratumba que se afanan en narrar su vida, completando todos ellos la historia de la tierra bajo la que se encuentran enterrados. A estas «Rulfo sumará su voz (opaca, más impersonal y casi inaudible) para contar lo que faltaba por contar de la historia de Pedro Páramo» (Rodríguez Monegal, 1992, p. 179).

La disolución del tiempo cronológico provoca en la narración una ambigüedad que se suma a otras muchas, como por ejemplo la ambigüedad sintáctica, espacial o semiológica (Dixon, 1985). La maestría técnica del autor consigue llevar hasta límites insospechados esta ambigüedad, que produce una tensión narrativa que obliga al lector a buscar una expectativa plausible ante la variedad de alternativas que supone el texto (Beltrán, 1992, p.23). Hacia la mitad del libro se revela la naturaleza de la historia y por fin se alcanza a comprender que nos encontramos ante un diálogo de voces muertas. Así, se ha de afirmar que uno de los mayores aportes técnicos de la obra consiste en la creación de la ilusión de un tiempo «real».

Nos encontramos en *Pedro Páramo* con «un tiempo fuera del tiempo, inmóvil, petrificado por la muerte» (Rodríguez Monegal, 1992, p. 180) que es en sí una contradicción puesto que la narración necesita de un tiempo para ser narrada. Así, nos vemos en la necesidad de establecer un tiempo que acoja los diálogos de ultratumba de los últimos habitantes de Comala. Si bien los muertos contemplan todo tiempo de la novela como pasado, ellos mismos deben situarse en un tiempo que se una al único tiempo fijo en la novela: el de la lectura. Entre las diferentes propuestas que presentan algunos de los estudiosos de la obra de Rulfo, la aducida por José Ortega parece ser la más adecuada:

desde un tiempo presente y eterno —ya que todo está dicho desde la muerte— los narradores— Juan Preciado; Pedro Páramo; Rulfo; Susana y Dorotea— nos están reconstruyendo desde el presente narrativo el carácter y efecto que las acciones remotas y próximas de Pedro Páramo tuvieron sobre el mismo Pedro y sobre los objetos y personas que estuvieron en contacto con él (1975, p.175).

Por lo tanto, se crea una necesaria abstracción que acoge temporalmente a los protagonistas para que cuenten su propia historia, hecho que determina que los relatos que configuran la novela se entremezclen tomando diferentes formas, ya sea por medio de diálogos, monólogos interiores o narraciones en tercera persona que ya no requieren un orden cronológico, pues este eje está roto y la narración se ha liberado de la tiranía cronológica para recurrir a un orden asociativo más libre, en el que los acontecimientos se ordenan siguiendo una estructura emocional, una «subterránea red de raíces que vinculan estos corazones ardidos» que trabaja a un nivel subliminal (Rodríguez Monegal, 1992, p.181). Al igual que Juan Preciado afirma que “me mataron los murmullos” (Rulfo, 2005, p.34), el eje de la sucesividad también será víctima de este coro de voces muertas que complican, o más bien enriquecen, la narración de esta saga familiar que terminan siendo los Páramo.

Es esta intensa ligazón emocional la que da cohesión a toda la obra, que pese al acusado fragmentarismo del que hace gala, se cierra con un hecho que explica todo lo sucedido. Con un recurso cercano a la circularidad, el personaje de Abundio, solo aparecido fugazmente al principio de la novela, cierra la trama dando muerte al que fue su padre, Pedro Páramo, figura incontestable de la novela, que no solo le da título, sino también sentido a toda ella.

Por todo esto, el tiempo cumple en la narración un papel determinante a la hora de construir el complejo tejido narrativo de voces contrapunteadas que caracteriza a *Pedro Páramo*, un alarde técnico que comporta toda una serie de implicaciones ideológicas que apenas podemos nombrar para concluir este trabajo: «el claustrofóbico murmullo de ultratumba (...) es símbolo de una sociedad (...) muerta en vida” (Rodríguez Monegal, 1992, p.174) que no encuentra ni tiempo ni lugar para hacer oír su voz, aplastada por la tradición revolucionaria y el progreso capitalista.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. BELTRÁN, R., 1992: «La Revolución congelada: Pedro Páramo, de Juan Rulfo». *Mester*, Vol. 21, nº 1, pp. 23-30.
2. DIXON, P. B., 1985: *Reversible Readings: Ambiguity in Four Modern Latin American Novels*. Alabama, University of Alabama Press.
3. LEAL, L., 1964: «La estructura de Pedro Páramo». *Anuario de Letras IV*, pp. 287-294.
4. ORTEGA, J., 1976: «Estructura temporal y temporalidad en *Pedro Páramo*». *La PH*. 16, pp. 19-33.
5. RODRÍGUEZ MONEGAL, E., 1992: «Relectura de Pedro Páramo». *Narradores de esta América*, Vol. 2. Caracas, Alfadil Ediciones. pp. 174-191.
6. RULFO, J. *Pédro Páramo*. Madrid. Cátedra. 2005.